

## REFORMA SIGLO XXI

# LOS BURROS Y YO

■ ■ Antonio Guerrero Aguilar / Poemoria\*

Para los antiguos, un nagual es el espíritu protector de un animal que siempre acompaña a lo largo de su vida a una persona. Pero también, puede ser un brujo con la cualidad de transformarse en otro animal. De acuerdo a las consejas, la apariencia de burro representa la última transformación de la bruja, siguiendo este proceso de transformación: de guajolote a lechuza, ésta en aura y de aquí en burro. Se les puede identificar fácilmente porque dicen que tienen los ojos rojos que parece que van a echar lumbre por los mismos.

Creo que los burros son naguales para mí, pero no tan solo uno. Si me lo permiten se los voy a narrar. Por alguna circunstancia en especial, cuando recién nací y por algunos meses me dieron a beber leche de burra. El abuelo tenía sus burros y aprendí a montarlos, jugaba con ellos, los vi nacer (y aparearse también) y recuerdo algunas travesías para llevar o traer cosas en la Sierra de La Ventana, las Anacuas, la Cuesta de Carvajal y el Sesteo de las Aves allá en Santa Catarina.

Hubo un tiempo, cuando los antiguos pobladores sin linaje por ostentar, se diferenciaban entre quienes tenían caballo y los que no. Los primeros recibían mercedes de tierras llamadas caballerías equivalentes a unas 42 hectáreas y aquellos que no contaban con una montura, les daban las peonías (o peonadas) que apenas llegaban a cuatro hectáreas. La disparidad dependía en que un colonizador con caballo podía sembrar, recorrer y protegerlas mejor. A pie, solo tenía lo necesario para vivir, un solar para su casa, huertos y corrales para dedicarse a la agricultura de subsistencia de su familia.

Además, estaban obligados a participar en la defensa de los pueblos y haciendas y ubicaban sus

tierras en la periferia. A decir verdad, son pocos los documentos que mencionan las peonías, a casi todos les daban caballerías y sus sitios de ganado menor como mayor. Pero los peones no se conformaron, se hicieron de burros que lo mismo servían para trabajar, trasladar cosas y moverse en ellos. Los montes y cañadas de nuestra Sierra Madre se convirtieron en excelentes refugios de burrada, no se diga allá para los rumbos de la Sierra de San Miguel, Mamulique, Minas Viejas, El Camaján y Papagayos. Con ellos formaron recuas con burros, machos y mulas, hasta convertirse en arrieros que mantenían en comunicación a estos



Rostro apoyado en mano

\*Antonio Guerrero Aguilar (Santa Catarina, Nuevo León, 1965) Estudió filosofía en la UNIVA de Guadalajara, imparte clases en el Seminario de Monterrey. Ha sido becario del Centro de Escritores de Nuevo León, del Programa de Apoyo a las Culturas Municipales y Comunitarias de la Secretaría de Cultura federal y del Sistema Nuevo León al estímulo artístico y la creación de Conarte

pueblos con los del centro del país. Andaban de andurriales de feria en feria, en especial la de San Juan de los Lagos y Saltillo.

Yo también fui burrero en mi niñez. La última vez que llevé unos, fue cuando después de las lluvias de El Gilberto en 1988, pasamos de La Huasteca a la Banda para llevar algunos víveres. Era el que tenía el papá de mi mamá llamado Manuel Aguilar Rangel, quien debió renunciar a su única compañía, cuando un día al abuelo le negaron el acceso a Nogales, San Pablo y Santa Juliana. El juez de campo o comisario ejidal, le dijo que solo podían entrar pura gente de la sierra con animales. Nombre, eso fue una mentada de madre, porque ellos son de ahí, la familia Aguilar Rangel está anclada en aquellos cañones desde hace unos 300 años. Acude conmigo, procuro solucionar las cosas, le dan una tarjeta para que pueda ir y venir; hasta que un conductor ebrio se lo llevó de encuentro allá por Los Horcones. Así fue el final del último burro que se quedó en la casa.

Hay más de burros. Toda historia verdadera, termina con la muerte, así pensaba Hemingway. Como ya se dieron cuenta, yo vengo de una dinastía de burreros que caminaron por toda la Sierra Madre y los sitios más recónditos de Arteaga, Ramos Arizpe, Santiago, García y Santa Catarina. Mi bisabuelo Mauricio Aguilar tuvo solo un varón al que llamaron Manuel, quien a su vez solo tuvo un hijo al que llamaron Manuel Isaías. Mi madre lo cuidó como suyo por la abuela que los dejó solos. Y que podía ser y hacer un hijo de arrieros y jornaleros, más que dedicarse a lo mismo que los ancestros. Un día una persona (no se supo quién) le pidió prestado su burro para llevar un cargamento de marihuana desde Buenos Aires en la sierra baja de Santa Catarina hasta San Rafael allá en Guadalupe, Nuevo León.

Por temor a que le quitaran su preciada propiedad, accedió al traslado. Era de todos bien sabido que muchos burreros no solo bajaban leña y demás frutos de la naturaleza. Es posible que sí sembraban marihuana en las tierras altas, por lo que el “tío Chayo” recorrió unos 25 kilómetros hasta llegar al punto acordado. El fulano le dio su pago y le ofreció más trabajo el cual no aceptó. Las mamás pre-sienten los pasos de sus hijos y encontró varios billetes debajo de la almohada donde dormía y que se viene la regañada tanto del abuelo como de doña Veva.

Ahí se comprometió a no seguir en ese negocio, para dedicarse a la albañilería. A los pocos meses en un pleito de cantina fue acuchillado en la víspera de la fiesta de San Pedro y San Pablo de 1974. Hago mías las palabras de Alfonso Reyes: “Aquí morí yo y volví a nacer, y el que quiera saber quién soy que lo pregunte a los hados de Febrero. Todo lo que salga de mí, en bien o en mal, será imputable a ese amargo día”. Los míos fueron los hados de junio.

Cada vez que voy por el Potrero, veo burros por el río y me pongo a cantar los versos del Atahualpa Yupanqui: “Porque no engraso los ejes, me llaman abandonado...” Decían que por entre los rincones de la sierra se podía sembrar y cosechar de todo. Con tierras y montañas ricas en vegetación, tan variada que se podían ver plantas semidesérticas hasta bosques enteros. El entorno era tan generoso que mencionan una variedad de pinos considerable, sin contar otros tipos de árboles con maderas con las cuales, lo mismo se podían hacer morillos, puertas, ventanas, muebles y utensilios.

¿Cómo la bajaban? Con burros y por el torrente. Hubo aserraderos que aprovecharon la fuerza del río de los ancestros para que llegaran hasta la Boca del Potrero. Ahí los de la Comunidad de Accionistas levantaron una garita que registraba entradas y salidas de la riqueza y cuanto había en las tierras altas de Santa Catarina.

Mientras que todo lo producido lo trasladaban en carretas, sin faltar el jumento como el perro acompañante y guardián. A aquellos prohombres les decían “burreros” o “arrieros” y con el burro podían acceder a los sitios más complicados para hacerse de leña. Las cosas cambian, los hombres y mujeres se fueron, los espacios tan cambiados que ahora solo los conocemos por las montañas que por su fuerza siguen ahí, reflejando las luces de la gran ciudad.

Sigo por esos caminos buenos de Dios: “Si a mí, me guste que suenen, pa’ que los voy a engrasar”.

Dicen que el nombre de Antonio, significa el que ama a los burros. Por eso yo los quiero mucho, porque representan muchas historias de mi vida.